LOS LANGOSTINOS

LOS LANGOSTINOS

JUGUETE CÓMCCO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

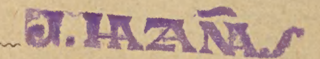
ORIGINAL DE

FIACRO YRAYZOZ

Y

FERNANDO MANZANO

Estrenado en el TEATRO LARA el 10 de Diciembre de 1889



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

Al Sr. D. Eduardo Hidalgo

Cariñoso recuerdo de sus verdaderos amigos

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD...................	SRA. VALVERDE.
ELENA..........................	SRTA. RODRÍGUEZ (M.)
UNA FLORISTA..................	CRUZ.
DON FELIPE.....................	SR. RUBIO.
VICENTE........................	RUIZ DE ARANA.
RICARDO.......................	TAMAYO.
DON BENIGNO..................	TOJEDO.
JUAN, lacayo....................	CAPILLA.
UN MOZO DE CAFÉ..........	JIMÉNEZ.
POLLO 1.º......................	RAMÍREZ.
IDEM 2.º........................	CASTRO.
UN CHICO, vendedor de periódicos...	ROMERO.

Época actual.—La acción en Madrid

Las indicaciones del lado del actor

Véase la advertencia que va al final de la abra.

ACTO PRIMERO

Despacho elegante.—Puerta al foro.—A la derecha, en primer término, puerta, y en segundo, armario con libros.—A la izquierda dos puertas.—A cada lado del foro un «entredós» con tarjetas fotográficas, chucherías y objetos de adorno.—A la derecha, mesa de despacho con sillón, y sobre ella recado de escribir, timbre, un estuche grande de homeopatía, una caja de puros, papeles, etc.—Los muebles y cortinajes de lujo.

ESCENA PRIMERA

DON BENIGNO, luego JUAN.—Don Benigno, fumando un cigarro puro y registrando los papeles de una cartera de bolsillo

BENIG. Nada; está visto que no parece por ninguna parte. Yo estoy seguro de que se la dí á don Felipe para echarla al correo y se conoce que á ese imbécil se le olvidó. Lo que siento es que Sofía cree que no la escribí, y ayer, cuando estuve en Pozuelo, me armó un escándalo de mil demonios. Esto no puede seguir así. Ya estoy decidido á concluir de una vez con estos líos, que no me dan más que disgustos. Esto de andar haciendo el cadete, ocultando estas relaciones, me hace muy poca gracia. Nada, no la encuentro. Tengo seguridad de que se la dí á don Felipe. En fin, ya no tiene remedio, (Deja la cartera y el puro sobre la mesa y toca el timbre.)

JUAN (Por el foro.) ¿Señor?

BENIG. ¿Ha traído el sastre mi levita?

JUAN No, señor.

BENIG. Pues vé corriendo á su casa, y dí que la manden en seguida. Voy á vestirme. (Medio mutis.)

JUAN Está bien.

BENIG. ¡Ah! ¿Ha llegado la carta de Pozuelo?

JUAN No, señor.

BENIG. ¡Caramba! A don Felipe, que me traíga las botas en seguida. (Vase por la primera derecha.)

JUAN Bueno. ¡La cartita... la cartita de Pozuelo! (Chupando el puro que don Benigno habrá dejado sobre la mesa de despacho.) Me *paece* á mí que ese enfermo... ese enfermo está más *sana* que *cualsiquiera* de nosotros. ¡*Miste* que andar en líos, á su edad, un señor que ha *debío* jugar al cané con Costillares!... Y eso que dice mi padre que Costillares es más antiguo que el descubrimiento de las Américas. ¿Qué *pájara* será esa?

BENIG. ¡Don Felipe! (Llamando desde dentro.)

JUAN ¡El amo! (Vase corriendo foro.)

ESCENA II

DON FELIPE

ELENA ¡Don Felipe!... (Desde dentro)

FEL. (Entrando por la segunda izquierda, con un par de botas en una mano, unas tenacillas en la otra y un plumero debajo del brazo.) ¡Ya va, ya va! (Dirigiéndose á la primera izquierda.)

BENIG. (Dentro.) ¡Don Felipe!...

FEL. (Volviendo hacia la derecha.) Voy allá.

ELENA (Dentro.) ¡Don Felipe!...

FEL. (Volviendo á la izquierda.) Ya voy.

BENIG. (Dentro.) ¡Vamos, hombre! (El mismo juego.)

FEL. ¿En qué quedaremos? ¿A que me paso el día dando vueltas como una devanadera? (Yendo á la primera derecha.) Tenga usted, don Benigno. (Deja las botas; se dirige hacia la primera izquierda, y al pasar por la mesa ve el cigarro que ha dejado

don Benigno, y chupa.) Ahí van las tenacillas, Elenita. (Dándoselas.) Pero, señor, ¡á qué he quedado reducido en esta casa! (Quitando el polvo con el plumero á los objetos de la mesa, y canturreando.) Yo limpio las botas, abro la puerta, echo las cartas al correo y espumo los pucheros cuando sale de casa la cocinera. Yo, por don Benigno, soy capaz de esto... (Coge un cigarro de la caja.) y aún más... No; más no, que se va á notar. ¡Y qué buenos vegueros fuma! Es decir, qué buenos vegueros fumamos los dos, gracias á mi astucia. Yo les digo que no fumo, que aborrezco el tabaco, y de este modo consigo que deje los cigarros sobre la mesa. ¿Que falta alguno? Le echan la culpa al sobrino, á Vicentito, y vamos viviendo, es decir, vamos fumando. (Canturrea.)

ESCENA III

DON FELIPE y JUAN, con un sombrero de señora en la mano con muchas flores y cintas

JUAN — Este sombrero trae la modista para la señorita. (Dirigiéndose á la primera izquierda.)

FEL. — Ahora no puedes entrar. Está peinándose.

JUAN — ¿Dónde lo dejo?

FEL. — Trae acá, (Cogiendo el sombrero.) y vete. ¡Vaya unas modas! ¡Cuidado que es ridículo el tal sombrerito! (Se lo pone, y se lo vuelve á quitar en seguida.) Y esas modistas, que son tan escandalosas, tendrán el descaro de pedir doce ó quince duros por esto. ¡Pobre don Benigno! Vamos, y menos mal que con la misma facilidad con que gasta, gana el dinero. (Deja el sombrero sobre un florero vacío que habrá en el entredós de la derecha.) Porque á mí que no me digan que estos globulitos sirven para nada. Eso de ser médico homeópata, es una ganga. Con media libra de grajeas y un aguador, ya se pueden recibir consultas á dos duros.

ELENA — (Dentro.) ¡Petra!... ¡Petra!... (Fuerte campanillazo.)

FEL. ¡Anda, salero! Ya está riñendo Elenita. ¡Qué niña! Es la criatura peor educada que he visto en mi vida. (Se oye otro campanillazo.) ¡Dichosa campanilla! ¡Dichosa niña! (Chupa otra vez el cigarro, pero por el lado de la lumbre.) ¡Y, maldito cigarro, que me ha abrasado la lengua!

ESCENA IV

DON FELIPE y ELENA, saliendo primera izquierda

ELENA ¡Don Felipe!...
FEL. (¡Vaya! Algún otro caprichito.) ¡Elenita!...
ELENA ¡Chist! Baje usted la voz.
FEL. (Bajando mucho la voz.) Elenita, ¿qué ocurre?
ELENA ¡Chist! Que no quiero que se entere papá. ¿Ha averiguado usted algo del encargo que le hice ayer?
FEL. (¡Caramba! Se me olvidó.) ¡Ah!... Sí... sí...
ELENA ¿Y qué?
FEL. Pues, verá usted... he averiguado que... no se puede averiguar nada.
ELENA (Contrariada.) Yo no quiero... yo no quiero.
FEL. ¡Chist! Baje usted la voz.
ELENA (Bajando la voz.) ¡Yo no quiero... yo no quiero!
FEL. (En el mismo tono.) (¡Ya empezamos!... ya empezamos!)
ELENA Necesito que me haga usted ese favor.
FEL. ¿Cuál?
ELENA Enterarse de dónde vive esa prójima.
FEL. ¿Qué prójima?
ELENA La que firmaba la carta que encontré anteayer entre los papeles de Vicente.
FEL. ¡Ah, sí!... no me acordaba. (Le diré que ya lo sé, para que no me maree más.) Si de eso ya me he enterado... ¡ya lo creo!
ELENA ¿Sí? ¿Y dónde vive?
FEL. Pues vive... vive... (¿Dónde le diría yo?) En la... Plaza de la Cebada...
ELENA ¿Número?
FEL. Veinticinco.
ELENA Apúnteme usted esas señas en un papel.
FEL. Pero, ¿qué quiere usted hacer con ellas?

ELENA Ya sé yo lo que he de hacer.

FEL. Sí; darme otro plantón como el de ayer.

ELENA Ande usted, hombre, ande usted; escríbame esas señas.

FEL. Si no hay papel ni ..

ELENA Tome usted; aquí mismo. (Cogiendo uno de la cartera que habrá dejado don Benigno sobre la mesa.)

FEL. Vamos allá. (Se sienta y escribe. Elena se asoma á la primera derecha para ver si vienen.) (¿Qué es esto? (Leyendo el papel.) «Dos raciones de langostinos.» ¡Ah! es una cuenta de Fornos.) (Escribiendo al dorso.) «Plaza de la Paja.»

ELENA ¡Cómo! ¿No ha dicho usted que era Plaza de la Cebada?

FEL. (Dudando.) Espere usted, espere usted.

ELENA ¿Qué?

FEL. Que creo que he confundido la *paja* con la *cebada*.

ELENA Pues ha hecho usted un pisto.

FEL. No, señora; un pienso.

ELENA Pero, ¡hombre de Dios!...

FEL. No; cebada, cebada. Ahora me acuerdo. «Cebada, veinticinco.» (Escribe.) Ya está.

ELENA Traiga usted. (Lo dobla y lo guarda en su porta-monedas.) ¡Me engaña!... ¡Me engaña!... Le odio, le detesto; no quiero verlo ni en retrato. (Deja el porta-monedas sobre la mesa, se dirige al entredós de la izquierda, y coge un retrato que habrá entre varios, para romperlo.) Si le pillara aquí, haría con él lo mismo que con esta tarjeta.

FEL. Pero, por Dios, Elenita... (Quitándola el retrato.)

ELENA Déjeme usted en paz. (Con mal modo.)

FEL. Venga usté acá, y no sea usted chiquilla. Tiene usted unos arranques... Como el de ayer. ¿Le parece á usted razonable lo que hicimos? Si su papá se entera, ¿qué dirá de mí?

ELENA Que diga lo que quiera.

FEL. Me echará la culpa por haberlo consentido. ¿Cree usted que está bien hecho haber aprovechado su ausencia para pasarnos la tarde metidos en un café por espiar á Vicentito, exponiéndonos á que nos viera algún conocido?

ELENA ¿Quién nos iba á ver en un sitio tan reservado?

FEL. Sí, mucho; en el café del Callao.

ELENA Del... *callao*. ¡Pues si quiere usted más reserva!...

FEL. De todos modos, convengamos en que fué una imprudencia, y que si su papá se entera...

ELENA Pero, ¿quiere usted que me case y sea desgraciada?

FEL. No, señora; lo que quiero es que no tenga usted ese caracter tan ñoño.

ELENA ¡Sí, ñoño! ¿Por qué no vino ayer? ¿Por qué no vino ayer?

FEL. ¿Yo qué sé? Pregúnteselo usted á él.

ELENA ¡Claro! Pero si se lo pregunto no me dirá la verdad.

FEL. Entonces no se lo pregunte usted.

BENIG. Don Felipe... (Dentro.)

LOS DOS ¡Chist! Que no se entere.

FEL Voy.

ELENA Hasta luego, don Felipe. (Vase izquierda.)

FEL. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Lástima de azotes! Por supuesto que esto de hacer favores á todo el mundo, me proporciona el mejor día un disgusto gordo. Voy, voy. (Vase canturreando por la primera derecha.)

ESCENA V

VICENTE y JUAN, por el foro

JUAN (Guardándose una moneda.) Muchas gracias.

VIC. ¿Con que dices que la señorita no almorzó ayer en casa?

JUAN No, señor; no almorzó.

VIC. ¡Carambilis, carambilis! ¡Si ya lo decía yo! Algo le pasa á Elenita.

JUAN Como el amo no estaba en Madrid, porque tuvo que ir á Pozuelo, donde tiene una *señora*...

VIC. ¿Cómo?...

JUAN Una señora muy enferma y él la visita, la señorita Elena debió salir temprano de casa,

y cuando volvió, á las tres, nos dijo con muy mal modo que ya había almorzado.

VIC. ¿Que había almorzado?

JUAN Eso dijo.

VIC. (¿Y en dónde habría almorzado? Esto me escama.)

JUAN ¿Necesita algo más el señorito?

VIC. No, márchate. (Vase Juan por el foro.)

ESCENA VI

VICENTE, luego ELENA

VIC. Pero, señor, ¿dónde habrá almorzado ayer mi prima? Nada, que no me lo explico. Aquí debe haber algún misterio. Yo me temo de ella cualquiera atrocidad, porque como su padre no hace siempre más que mimarla, y ella no hace siempre más que su santísima voluntad... Yo necesito enterarme, y si se lo pregunto... no; de ningún modo. ¿Eh? Aquí viene. (Se sienta en el sillón de la mesa.)

ELENA (Saliendo.) (¡Ah! Aquí está. Le sonsacaré sin que lo note.) (Sentándose en una butaca á la izquierda.)

VIC. ¿Elenita?...

ELENA Vicente... ¿Cómo vienes tan temprano?

VIC. (¡Le parece temprano!) Pues... la hora de siempre. (Pausa.)

ELENA (Que estará sentada á un extremo de la habitación.) ¿Sí, eh?... ¿Sí, eh? (Con retintín.) (No voy á poder contenerme.) (Pausa.) (Nada, no me contengo.) (Levantándose rápidamente y dirigiéndose á la mesa.) Diga usted...

VIC. (Con malos modos.) ¿Qué?

ELENA (Después de una pausa.) Nada. (Vuelve á sentarse donde estaba.)

VIC. (¡Ciertos son los toros! No, pues yo no aguanto más.) (Dirigiéndose bruscamente á donde está Elena.) Diga usted...

ELENA ¿Qué?

VIC. Nada. (Vuelve á sentarse á la mesa. Los dos se miran varias veces como decidiéndose á hablar, y por último

se dirigen el uno hacia el otro, encontrándose en el centro de la escena.)

ELENA ¡Vicente!...
VIC. ¡Elena!... (A la vez.)

ESCENA VII

DICHOS, DON BENIGNO y luego DON FELIPE

BENIG. (Ya están arrullándose.) Así me gusta veros, como dos tortolitos

ELENA (No está mal tortolito.)

VIC. (Saludándole.) ¡Querido tío!...

BENIG. Elenita, ¿no vas á vestirte? Ya sabes que tenemos que ir á dar parte de vuestra boda á tu tío Nicolás, que se marcha en el tren de esta noche. ¡Qué ganas tengo de que pasen estos ocho días para veros casados! Vais á hacer una parejita modelo. (Sale don Felipe por la primera derecha con una palangana, un jarro de agua, un cepillo debajo del brazo y unos pantalones al hombro, y se dirige hacia el foro.) Como que no he visto dos caracteres más apacibles ni que mejor se avengan. ¿Verdad, Vicentito?

VIC. ¡Ya lo creo!

ELENA (A Vicente, hablando por detrás de don Benigno.) ¡Sin vergüenza!

FEL. (Que oye estas palabras, se vuelve.) ¿Eh? (No era á mí.) (Vase foro.)

BENIG. ¿No es cierto, Elenita?

ELENA (Distraída, á don Benigno.) ¡Sin vergüenza! ¡Ah!

BENIG. Sí, hija mía, no tengas vergüenza.

VIC. (¡Claro! Con esos consejos...)

BENIG. ¡Dilo! Ya veréis que felicidad os espera. Ea, nenita, vé á vestirte, que no tenemos tiempo que perder.

Elena (Bajo á Vicente.) ¡Farsante! (Vase primera izquierda.)

VIC. (¡Carambilis! ¡Me ha llamado farsante!)

BENIG. Y tú, Vicentito, á ver si concluyes esa Memoria que tengo que presentar en la Academia de Medicina.

VIC. Lo que es hoy no la podré terminar, porque

si viera usted las fatigas que estoy pasando con la dentición...

BENIG. Pero, hombre, ¿estás echando los dientes?

VIC. No, señor; las muelas es lo que estoy echando con la tal Memoria. Es un tema tan indigesto...

BENIG. ¿Y el capítulo de la gastralgia?

VIC. Ese es más indigesto todavía. Se me ha atravesado en el estómago, y, nada...

BENIG. ¿Pero es que tienes algunas dudas?

VIC. Sí, señor; tengo varias. (¡Ingrata!) Tengo atravesado el corazón.

BENIG. ¿También? Vamos, tienes atravesado todo el organismo. Nada, no te desanimes, y ahí tienes mi biblioteca. Trabaja con constancia, que yo voy á acabar de vestirme. (Llamando.) ¡Don Felipe!... (Vase primera derecha.)

VIC. ¡Para memorias estoy yo! ¡Y todo por ella! (Sale don Felipe por el foro con la palangana llena de agua y muy despacio.) ¿Dónde habría almorzado? Si me valiera... (Levanta el brazo en ademán amenazador y tropieza con don Felipe, que vierte el agua.) ¡Carambilis!

FEL. ¡Carámbilis digo yo!

VIC. Usted dispense; estaba acalorado, y por eso...

FEL. Sí, y por eso me ha refrescado usted á mí.

VIC. ¡Soy lo más desgraciado! ..

FEL. (Yéndose primera derecha.) (Vamos, tal para cual.)

ESCENA VIII

VICENTE, luego JUAN y DON BENIGNO y ELENA dentro

VIC. (Sentándose á la mesa.) Ea, vamos á emprenderla con la gastralgia. (Saca de un cajón de la mesa unos papeles y un libro, y empieza á hojearlos.) ¡Ingrata! Y el caso es que yo la quiero. (Leyendo.) *De los pulmones*. Porque es tan bonita... ¡Qué ojos!... ¡Qué nariz!... ¡Y qué boca!... (Leyendo.) *Del estómago*. Aquí está. Ese almuerzo... ese almuerzo...

JUAN ¿Y el señor? (Con una levita al brazo.)

VIC. En su cuarto.

JUAN — (Llamando en la primera derecha.) Señor: esta levita que trae el chico del sastre.

BENIG. — (Asomándose á la puerta y cogiendo la levita.) Ya era hora. Dile á la señorita que te dé una peseta para el muchacho, y que está bien.

JUAN — Señorita... (Llamando en la primera izquierda.)

ELENA — (Dentro.) ¿Qúién?

JUAN — Yo. Que me dé usted una peseta.

ELENA — (Dentro.) ¡Vicente!...

VIC. — ¿Qué?

ELENA — (Dentro.) ¿Está por ahí mi portamonedas?

VIC. — (Buscándolo con la vista.) Sí.

ELENA — Pues saca una peseta y dásela á Juan.

VIC. — Toma. (Juan coge la moneda y se va foro.) ¿Qué es esto? (Sacando un papel del portamonedas.) ¡Una cuenta de Fornos! (Leyendo.) *Gabinete número siete. Dos raciones de langostinos...*

ESCENA IX

DICHO y DON BENIGNO en traje de calle, con sombrero puesto y con una levita en la mano

BENIG. — Pero, ¡qué brutos son algunos sastres!

VIC. — ¡Ay! (Escondiendo el papel.)

BENIG. — ¿Pues no me ha sacado una levita como para un elefante? ¡Si te digo que estos sastres son de lo que no hay! (Dejando la levita sobre una silla.) Hay que decirle al chico que la devuelva. Vamos á ver, ¿cómo va esa Memoria? (Poniéndose los guantes.)

VIC. — Bien; me acuerdo de todo.

BENIG. — ¿Se han aclarado ya tu dudas?

VIC. — Sí, tío, se van aclarando.

BENIG. — ¿Cómo es eso?

VIC. — Pues... que he tropezado aquí con una *cita* de un *autor* desconocido... y además con unos langos... digo, con unas... en fin, que no sé con qué he tropezado.

BENIG. — ¡Qué demonio de chico! Oye, Vicentito...

VIC. — (¿Cuándo se irán?)

BENIG. — Que no vayas á marcharte de aquí mientras hacemos la visita, ¿eh?

VIC. — No señor, no. (Contestando distraído.)

BENIG. Ya sabes que es la hora de consulta y no puede quedarse solo el despacho.
VIC. No, señor, no. (Distraído.)
BENIG. Ahi te queda el estuche de los medicamentos.
VIC. Sí, señor, sí. (Idem.)
BENIG. A ver si haces alguna tontería.
VIC. Sí, señor, sí. (Idem.)
BENIG. ¿Eh?
VIC. No, señor, no.

ESCENA X

DICHOS, ELENA, en traje de calle y con sombrero

ELENA Cuando quieras, papá.
VIC. (¡Ya era hora!)
BENIG. Ea, andando. ¡Pero mírala, Vicentito, mírala qué mona y qué elegantita!
VIC. ¡Jé, jé! (Con sorna.)
BENIG. ¡Vaya una alhajita que te vas á llevar, bribonazo!
VIC. ¡Jé, jé. (¡Buena alhaja!)
BENIG. Mírala, mírala. (Acariciando á Elena.) ¿Quién te quiere á tí, nenita?
ELENA (Con brusquedad.) Anda, papá, que esta noche quiero ir... al concierto (Dirigiéndose á Vicente con intención.) y se nos va á hacer tarde. (Vase foro.)
BENIG. Es verdad, vámonos. Hasta luego, Vicentito.
VIC. (¡Por fin!) (Sacando el papel del bolsillo.)
BENIG. (Volviendo desde el foro.) ¡Ah! Que no te muevas bajo ningún pretesto.
VIC. No, señor, no. (Guardando el papel.)
BENIG. (Volviendo otra vez) ¡Ah! No... nada. (Vase por el foro)
VIC. (Asomándose á la puerta) ¡Gracias á Dios!

ESCENA XI

VICENTE

¡Ya se fueron! Veamos. (Saca el papel y lee.) *Dos raciones de langostinos al natural.* Justo,

un almuerzo para dos.—*Dos raciones de langostinos á la mayonesa*.—¡No comieron más que langostinos!—*Dos de calamares en tinta.* —¡Carámbilis, qué negro se va poniendo esto!—*Un cigarro habano.*—No, pues esto es para uno. ¿Quién será ese uno? Mi tío no puede ser, porque ayer no estaba en Madrid; don Felipe aborrece el tabaco... ¡Ay, Dios mío! ¿Quién será? ¿Cómo podría saberlo? Si el camarero que les sirvió... Sí... eso; no hay duda. Ante todo, que la infame no sospeche que me he enterado, hasta que tenga las pruebas para confundirla. ¿A ver? (Leyendo otra vez.) *Gabinete núm. 7. Restaurant Fornos.* (Guarda el papel en el portamonedas y vuelve á dejar éste sobre la mesa.) ¡Ahora vamos allá! (Se dirige al foro.) El caso es que... ¿Y la consulta? (Se oye canturrear á don Felipe.) ¡Ah! ¡Qué idea!.. Don Felipe... Sí eso... (Llamando.) ¡Don Felipe!... ¡Don Felipe!...

ESCENA XII

DICHO y DON FELIPE, que sale limpiando una bota y cantando por la primera derecha.

FEL. *La morena Trinidad,* (Cantando.)
la morena Trinidad..
(Hablando.) ¿Qué ocurre?

VIC. Usted es una persona formal, ¿no es eso?

FEL. ¡Ya lo creo!
Entre dos la sujetaron, (Cantando.)
entre dos la sujetaron...

VIC. Pero ¿quiere usted oirme?

FEL. Sí, señor.
Y presa se la llevaron... (Cantando.)

VIC. Pero...

FEL. *De orden de la autoridad.*
Ahora; ya puede usted hablar.

VIC. Bueno; pues quiero que me haga usted un favor.

FEL. ¿Otro? (Toda la vida me la paso haciendo favores.) Usted dirá.

VIC. Mire usted: yo necesito marcharme un momento para un asunto de interés.

FEL. ¿Y qué?

VIC. Que para no dejar sola la consulta es preciso que se quede usted en el despacho cinco minutos.

FEL. ¿Para qué?

VIC. Para que si viene algún enfermo le entretenga usted y le diga que espere hasta que yo vuelva.

FEL. Pero, hombre, que estoy haciendo falta en la cocina.

VIC. Es un momento.

FEL. Pero...

VIC. Nada, nada; cuestión de cinco minutos.

FEL. Escuche usted.

VIC. Vuelvo en seguida. (¡Gabinete número siete!) (Vase foro corriendo.)

ESCENA XIII

DON FELIPE limpiando la bota y cantando

La mulata lloraba y decía....
esto sí que es una picardía..

¿Y qué hago yo ahora? Tenía que hacerle un favor á la cocinera... ¡Siempre haciendo favores! Y menos mal si ganara algo con eso; pero, ¡quiá! ¡Ah! (Echando el aliento á la bota) ¡Qué idea! ¿Y por qué no he de ganar con este favor? Si viene ahora algún enfermo, ¿quién me impide que yo le cobre los dos duros de la consulta? Y después con decir que no ha venido nadie... ¡Ah! (Lo mismo.) ¡Ya lo creo que es una gran idea! Lo malo es que no vendrá ninguno. Alguna vez me he de aprovechar y no que todo el mundo está conmigo dale que dale, dale que... (Cantando muy alegre y limpiando la bota)

Dale de betún, dale de betún
á las botas;
dale de betún, dale de betún
que están rotas.

ESCENA XIV

DICHO y SOLEDAD, por el foro

SOL. (Con marcado acento andaluz y hablando muy deprisa.) ¿Se puede pasar?

FEL. ¡Ah! Adelante. (Medio cantando y escondiendo á la espalda la bota y el cepillo.)

SOL. (Mirando al foro) (Si se cansa de esperarme Ricardo, que se vaya.) ¿El señor doctor?

FEL. Servidor.

SOL. ¿Es usted don Benigno Rodríguez?

FEL. El mismo, para servirla.

SOL. ¿Cómo está usted, señor Rodríguez? (Alargándole la manc.)

FEL. Bien; y ust... ¡Ay! (Le da la mano en que tiene colocada la bota, y retirándola rápidamente, se guarda ésta y el cepillo en los bolsillos del chaquet.)

SOL. (¡Caramba, qué lujo! ¡Gasta guantes negros para andar por casa!)

FEL. Bien, ¿y usted? (Dándole la mano.)

SOL. Perfectamente. ¡Ay, hijo! ¡Qué ganas tenía de conocerle á usted!

FEL. ¿Sí, eh? (¡Qué dos duros te voy á sacar!) (La invita á sentarse; don Felipe en el sillón y Soledad al otro lado de la mesa.)

SOL. ¡Ya lo creo! ¡Pues poquito que me ha hablado de usted mi amiga Sofía!

FEL. ¿Sí, eh?

SOL. ¡Como que siempre está pensando en usted!

FEL. ¡Vaya, vaya! Y usted, ¿qué enfermedad padece?

SOL. Quite usted, hijo, por Dios, ¿qué enfermedad he de padecer? ¡Ninguna!

FEL. (¡Adiós mis dos duros!)

SOL. Yo venía á traerle esta carta y á decirle que su adorada Sofía (Con picardía y dándole con el abanico.) ha llegado hoy de Pozuelo.

FEL. (¡Ay, don Benigno! Conviene enterarse.) ¿Y qué más? ¿Qué más?

SOL. Además, me ha dicho que vaya usted á verla, porque le perdona de *aquello.*

FEL. ¿De *aquello?*

SOL. Sí, hijo, de *aquello*. Ustedes sabrán lo que es *aquello*.

FEL. ¡Ah! Sí, ya recuerdo. (¡Dios mío! ¿Qué será *aquello?*)

SOL. La pobrecita, como es tan linfática, ¿sabe usted? ha sufrido muchísimo, pero al fin se ha enterado de que no tuvo usted la culpa.

FEL. Pues es claro. ¿Qué he de tener yo la culpa de aquello?

SOL. Dice que el que la tuvo es un tal don Felipe, que tiene usted en su casa.

FEL. ¡Don Felipe!

SOL. Sí; ese imbécil, como creo que usted le llama.

FEL. ¡Señora!

SOL. ¡Ah! Quizás nos puede oir.

FEL. Sí; puede, puede que la esté oyendo.

SOL. (Bajando la voz.) Pues bien: ese imbécil...

FEL. (¡Bueno me está poniendo don Benigno!)

SOL. Parece ser que no echó la carta al correo.

FEL. (Y es verdad. Si supiera que soy yo ese imbécil...)

SOL. Y ella, porque no le pasara lo mismo, encomendando esta á otro mentecato, me dijo, dice.—«Mira, Soledad...»—«¿Qué?»—la dije yo.—«Si tu quisieras hacerme un favor...»—«Con el alma y la vida, hija,»—le contesté.—«Pues llevar esta carta al número ochenta de esta calle, y al mismo tiempo conoces á mi futuro, porque á mí no me parece bien,—es decir, no le parece á ella,—pisar esta casa hasta que no la pise con legalidad.» Y por eso he venido aquí y he tenido el gusto de conocer á una persona tan amabilísima, (Don Felipe hace una inclinación.) tan distinguidísima, (Idem.) y tan simpatiquísima como usted. (Idem.)

FEL. *(¡Santus! ¡santus! ¡santus!)*

SOL. ¡Ay, hijo! No sabe usted lo que sufre una señora cuando tiene interesado el corazón. Sobre todo, si el corazón pertenece á una viuda como yo. Porque yo soy viuda, caballero, desde el dos de Mayo...

FEL. ¿Su marido de usted fué víctima?

SOL. No, señor, la víctima lo fuí yo. El era retira-

do, y como era retirado, tenía la costumbre de retirarse muy tarde á casa, entretenido en un círculo de recreo donde se jugaba á todos los juegos desde las *siete y media*...

FEL. ¿Hasta el amanecer?

SOL. No, señor; hasta el *monte* inclusive. Y lo peor es que de día hacía lo mismo. Así es, que nos pasamos la vida, yo *viendo* á *ver* si él *venía* y él *viéndolas venir*. En fin, que como soy una persona muy dada á la conversación, ¿sabe usted? si en vida de mi difunto necesitaba tener una compañía, ahora...

FEL. (Ahora querrá tener un batallón.)

SOL. Pero, diga usted, diga usted: ¿cuándo saca usted de penas á la pobrecilla Sofía y se casa usted con ella?

FEL. Pronto, pronto, pronto.

SOL. Me alegro. ¡Y que usted no sabrá darla lustre!... (Con picardía, incorporándose y dándole un golpecito con el abanico.)

FEL. (Asustado.) (¡Demonio! ¿Se me verá el cepillo?)

SOL. ¡Ay! ¡Qué fatigada me encuentro! ¡Ay, hijo, estoy sofocadísima! Tengo la garganta seca.

FEL. (Lo creo.)

SOL. Si usted fuera tan amable que mandara traerme un vaso de agua...

FEL. Con mucho gusto. (Llamando.) Juan... (Pero, no; que puede descubrirme.) Iré yo mismo.

SOL. De ninguna manera, hijo; no quiero que usted se moleste.

FEL. Si no es molestia. Estoy acostumbrado á traer vasos de agua... á mis enfermos. (Vase de espaldas para que no se le vea el cepillo, y se le cae la bota que tendrá guardada.)

SOL. Creo que se le ha caído á usted algo.

FEL. Gracias, señora; es la petaca. (Recoge la bota y se va siempre de espaldas por la segunda izquierda.)

ESCENA XV

DICHA, luego RICARDO por el foro

SOL. Este médico debe ser un bendito de Dios. Y el caso es que quiere á Sofía. Pero, ¡qué

suerte tienen algunas mujeres! Mire usted que Sofía... ¡Sofía encontrar un señor que cargue con ella! ¿Y Ricardo? ¿se habrá cansado de esperarme?

RIC. ¡Soledad! (Este personaje vestirá con elegancia exagerada, será muy corto de vista y hablará con mucha gravedad y amaneramiento.)

SOL. ¡Ricardo! ¿Se ha atrevido usted á subir?

RIC. Ya lo está usted viendo. Los celos son un martirio. Usted tardaba, y...

SOL. ¡Y á una casa extraña!...

RIC. Calma, calma. ¿No vive aquí un médico? ¿No es esta una consulta pública? Pues, ¿por qué no he de estar yo enfermo?

SOL. ¿Qué sé yo? (Enfadada.)

RIC. ¡Ah! Sí, señora; y lo estoy, lo estoy del corazón, de esa víscera tan necesaria para el hombre y para la mujer.

SOL. Pero observe usted que... (Intranquila.)

RIC. Nada, yo no observo nada. Hace dos meses que la adoro con locura, y usted siempre ingrata, siempre esquiva, no ha querido calmar el ansia que me martiriza.

SOL. ¿No hice ya bastante ayer con aceptar de usted un almuerzo en Fornos, exponiéndome á la murmuración?

RIC. En efecto, pero en ese almuerzo no quedamos en nada.

SOL. Sí, señor; quedamos en vernos esta noche en el concierto de los Jardines. Váyase usted.

RIC. ¿Y de mi pretensión amorosa?

SOL. Ya le dige á usted que le contestaría allí.

RIC. ¿Palabra?

SOL. Sí, pero váyase usted, que van á salir.

RIC. ¿Y qué importa? (Se oye cantar dentro á don Felipe.)

SOL. ¡Que ya llegan!

RIC. ¿No puedo ser un enfermo?

SOL. Sí, hombre, sí. ¡Chist! (Indicándole silencio.) Calle usted. No nos conocemos. (Ya te daré yo enfermo.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON FELIPE, con un vaso de agua

FEL. Aquí está el agua.

SOL. ¡Ay! Muchas gracias. (Bebiendo.)

FEL. ¿Eh? (Viendo á Ricardo.)

RIC. Caballero...

FEL. Servidor.

SOL. Conque, señor Rodríguez... (Dándole la mano.) no quiero entretenerle más, porque veo que tiene usted un enfermo que reclama sus cuidados.

RIC. (¿Un enfermo?)

FEL. (Con alegría.) (¡Un enfermo! ¡Dos duritos!)

SOL. (A don Felipe.) He tenido tanto gusto... (A Ricardo.) Caballero... (A don Felipe, distraída y en el mismo tono de amabilidad.) Chúpate esa... digo... beso á usted la mano. (Mirando á Ricardo al pasar.) (Chúpate esa. ¡Chist!)

FEL. A los piés de usted, señora.

RIC. (¡Me partió!) (Vase Soledad por el foro, haciendo muchas reverencias.)

ESCENA XVII

DON FELIPE y RICARDO

FEL. (A éste sí que le saco los dos duros.) Conque, vamos á ver; y usted, ¿qué es lo que siente? (Sentándose á la mesa y encendiendo el cigarro puro que hay sobre ella.)

RIC. Verá usted... Lo que siento es... (haber venido.) Es... porque yo siento... siento...

FEL. Siéntese usted.

RIC. Gracias. (Se sienta al otro lado de la mesa.) Decía que yo siento... en fin, un malestar muy grande es lo que siento.

FEL. ¡Cuánto lo siento! ¿Y en dónde nota usted ese malestar?

RIC. Aquí. (Señalando al suelo.)

FEL. ¿Dónde? (Incorporándose.)

RIC. Aquí.

FEL. ¡Ah! ¿En los piés? ¡Malo, malo, malo!

RIC. No, no; decía aquí. (La pierna.)

FEL. ¡Ah! ¿En la pierna? ¡Malo, malo, malo!

RIC. Tampoco; tampoco es en la pierna precisamente, porque el dolor me llega hasta aquí. (Señalando el costado.)

FEL. ¿Hasta el costado? ¡Malo, malo, malo!

RIC. Tampoco es eso, porque me coge este lado de la cara.

FEL. Vamos... ¡ya!... Es un dolor que le coge á usted de arriba á abajo.

RIC. No, señor; de abajo á arriba.

FEL. (¡Qué enfermo más raro!)

RIC. Son nada más que unas punzadas aquí; ¿sabe usted? (Indicando el corazón.)

FEL. Esas punzadas se curan fácilmente. ¡Ya lo creo! Ahí me las dén todas.

RIC. No, aquí no.

FEL. ¿A ver el pulso? (¡Dios quiera que tarde Vicente!)

RIC. ¿Me quito el guante?

FEL. No hace falta, percibo bien las pulsaciones á través de la piel de perro. (Tomándole el pulso por el lado de afuera de la muñeca.)

RIC. (¿Será también veterinario?)

FEL. (Tomándole el pulso.) (¡Cuarenta reales, cuarenta reales!...)

RIC. (Con asombro.) Caballero, á mí siempre me han tomado el pulso por este otro lado.

FEL. ¡Ah! Sí, sí, en efecto; pero eso son los médicos alópatas. Los homeópatas lo tomamos por aquí. No está mal. Algo excitadillo, pero no es mucho.

RIC. En ese caso, recéteme usted cualquier cosa...

FEL. ¿Cualquier cosa?

RIC. Lo digo porque ya es tarde, y... (¡Cuándo me veré en la calle!)

FEL. (No había yo contado con esto. ¿Y qué le receto?)

RIC. Al paso entro en una botica y...

FEL. No hace falta. Soy homeópata y... (Dos glo bulillos de estos no creo que hagan nada.) (Cogiendo un tubo del estuche.)

RIC. (¿Qué irá á hacer este señor?)

FEL. Verá usted; es muy sencillo. (Echando dos glóbulos en el vaso de agua que habrá dejado Soledad.) Uno... y dos. Cayeron los dos duros.

RIC. ¿Eh?

FEL. Que cayeron los dos glóbulos. Tome usted esto, y verá usted cómo se alivia en el acto.

RIC. (¡Caracoles!) (Levantándose. Desde esto momento empieza á oscurecer poco á poco.)

FEL. Ande usted.

RIC. Pero, esto, ¿qué es?

FEL. No sé.

RIC. ¿Cómo?

FEL. Que no sé... por qué no lo toma usted ya.

RIC. Pero... (Llevándose el vaso á la boca.)

FEL. ¡Vamos, vamos! (Ya eres mío.)

RIC. (Transición rápida.) Me parece que le llaman á usted.

FEL. ¿A mí?

RIC. Sí, señor; yo juraría...

FEL. (Asustado.) (¡Demonio! ¿Será Juan? No vaya á descubrirme ese alcornoque...) Con su permiso... (Vase segunda izquierda.)

RIC. Me valió la extratagema. Por poco tengo que bebérmelo. ¿Y en dónde tiro esto? ¡Ah! En esta maceta. (Vierte el vaso de agua sobre el sombrero de señora que estará en el entredós de la derecha, dejando el vaso sobre la mesa.) Y, después de todo, ¿quién me manda esperarle si no he de volver por aquí? Yo me marcho, y ahí queda eso. (Al salir por el foro tropieza con Vicente.)

ESCENA XVIII

DICHOS, VICENTE, un MOZO de Fornos y luego JUAN

VIC. (Entrando y hablando con el Mozo, que viene detrás.) ¿Tú la reconocerías?

RIC. ¡Caracoles! (Tropezando.) Usted dispense. Con su permiso.

VIC. Usted le tiene.

RIC. Servidor de usted. (Tropieza con el Mozo.) ¡Ay! (Desaparece.)

VIC. Voy á confundirla. (Dirigiéndose rápidamente á á la primera izquierda.)

MOZO (A Vicente.) Señorito, señorito...

VIC. ¿No habrán vuelto aún? (Yendo á la primera derecha.)

MOZO Señorito, señorito...

VIC. Espera. (Juan entra con una lámpara encendida y la deja sobre la mesa-despacho) (A Juan.) ¿Han venido los señores?

JUAN Todavía no. (Vase.)

MOZO (A Vicente.) Pero, señorito...

VIC. (Con mal modo.) ¿Qué quieres, hombre?

MOZO Que el caballero que almorzó en el número siete, es el que acaba de salir topando.

VIC. ¿Qué dices?

MOZO Le conozco mucho. Cada día va á almorzar con una señora distinta. ¡Anda! Pues si es un *Tenorio.*

VIC. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

MOZO Si usted no me dejó hablar.

VIC. (Asomandose al foro.) Ya se marchó. Pero no importa; no se me despinta, y yo sabré encontrarle. . Pero, ¿dónde?

MOZO Yo oí que á los postres se citó con ella para esta noche en los Jardines.

VIC. (Por eso quería ir esta noche al concierto.) ¿Y qué más?

MOZO Yo no sé nada más.

VIC. Basta; ya no me haces falta. Toma (Dándole una moneda.), y vete con Dios.

MOZO Gracias, señorito. (¿Qué infundios serán estos?) (Vase foro.)

ESCENA XIX

VICENTE, luego DON FELIPE

VIC. (Sentándose en la silla dondo estaba Ricardo, y en la misma posición.) ¡Yo voy hacer una barbaridad!

FEL. (Saliendo.) ¡Si no me llamaban! (A Vicente, tomandole por Ricardo.) ¿Qué tal le ha sentado á usted?

VIC. Lo mismo que un tiro.

FEL. ¡Calle! ¿Y el enfermo?

VIC. (Levantándose rápidamente.) ¿Qué enfermo? ¿Uno que estaba aquí?

FEL. Sí, señor. (¡Adiós mis dos duros!)

VIC. Ese, no es un enfermo, es un canalla.

FEL. (¡Se fué sin pagarme!) ¿Y no era enfermo? ¡Ya decía yo!

VIC. ¡Cómo!... ¿Usted sospechó?...

FEL. Claro. (Si conocí que no tenía calentura.)

VIC. (Venía por Elena; no hay duda.)

FEL. (Fijándose en el vaso de agua) (¡Anda! ¡Y se ha tomado la medicina! ¡Demonio! ¡Supongo que no habré hecho una tontería!)

VIC. (Poseándose muy agitado.) ¡Infame!... ¡Infame!...

FEL. (Mejor será preguntárselo, sí.) ¿Oiga usted?...

VIC. ¿Qué?

FEL. Que yo... porque le esperara á usted .. con más paciencia... me he tomado la libertad de darle dos globulitos.

VIC. ¿Qué está usted diciendo?

FEL. Del último tubo; de este. *Ac fosfor.*

VIC. ¿Le ha dado usted de eso? ¡La ha hecho usted buena!

FEL. (¡Demonio!) Y diga usted, diga usted... ¿el último tubo?...

VIC. (Paseándose, y don Felipe detrás) ¡Ingrata! ¡Déjeme usted en paz!

FEL. ¿Será veneno?...

VIC. Sí, hombre, sí.

FEL. ¿Se morirá?

VIC. No importa. Tenía que matarle yo, de modo que me ha hecho usted un favor.

FEL. ¿Otro? ¡Hasta por equivocación hago yo favores! Pero, diga usted...

VIC. (Muy irritado.) ¿Quiere usted marcharse, y dejarme en paz?

FEL. (Asustado.) Bueno, hombre, bueno. (De esta sí que voy á presidio.) (Vase muy compungido, por la segunda derecha.)

ESCENA XX

VICENTE, luego ELENA

VIC. Voy á buscarle y á desafiarle y á matarle. Aquellos langostinos le van á costar la vida.

ELENA Aquí lo dejé. Justo, aquí está. (Saliendo por el foro, y dirigiéndose á la mesa, de donde coge el portamonedas.)

VIC. (Cogiéndola por un brazo.) ¡Infame!

ELENA (Asustada.) ¿Qué te psasa?

VIC. Lo sé todo.

ELENA ¿Todo?

VIC. Todo. Gabinete número siete. Dos raciones de langostinos.

ELENA Pero ¿qué estás diciendo?

VIC. Todo ha concluído entre nosotros. Ahora mismo me voy á los Jardines, y voy á matarle, ó á que me mate.

ELENA Pero, ¿qué dices? Oye. (Deteniéndole.)

VIC. Déjeme usted. (La dá un empujón, y se dirige al foro. Al llegar á la puerta se vuelve, y dice con entonación trágica.) ¡Dos raciones de langostinos! (Vase corriendo.)

ESCENA XXI

ELENA, luego DON BENIGNO, por el foro

ELENA Vicente... Vicentito... (Se sienta, llorando, en la butaca.) ¡Ay, Dios mío de mi vida! Yo no quiero, yo no quiero.

BENIG. Elena... ¿qué te pasa? (Asustado.)

ELENA ¡Ay, papaito mío! Corre á detenerle.

BENIG. ¿A quién?

ELENA (Llorando.) A Vi... cen... tito. Se va á los Jardines.

BENIG. ¿Y qué? (Con ansiedad.)

ELENA ¡Dos... ra... ciones de lan... gostinos!

BENIG. ¿Y qué?

ELENA Va á matarle, ó á que le maten.

BENIG. No entiendo una palabra.

ELENA Ni... yo... tam... poco. Pero corre á buscarle.

BENIG. Sí, hija mía.

ELENA Corre, papá, corre. (Empujándole.)

BENIG. No te apures, nenita. Corramos á los Jardines (¡No entiendo ni jota!) (Vase por el foro, empujado por Elena.)

ESCENA ÚLTIMA

ELENA, luego DON FELIPE, por la segunda izquierda

ELENA (Sentándose á la mesa, y llorando siempre) Le van á matar, y yo no quiero que le maten. ¡Qué desgraciada soy! ¿Y si papá no le encuentra? Debo ir yo misma. Sí; es lo mejor. (Dirigiéndose al foro y llamando.) ¡Papá!... ¡papá!... ¡Ya se marchó! No importa. (Llamando.) ¡Don Felipe!... ¡don Felipe!...

FEL. Elenita...

ELENA Acompáñeme usted.

FEL. ¿A dónde?

ELENA A los Jardines.

FEL. Sí... ¡para Jardines estoy yo!

ELENA Vamos, hombre de Dios. (Cogiéndole del brazo.)

FEL. Además, con estas trazas...

ELENA Yo le daré ropa.

FEL. Pero...

ELENA Póngase usted esta levita. (Dándole la que dejó don Benigno en la escena IX, y ayudándole á ponérsela. Esta levita le estará exageradamente grande á don Felipe.)

FEL. ¡Hija... por favor!...

ELENA Dese usted prisa. (Mientras don Felipe concluye de ponérsela, Elena entra por la primera derecha, y sale inmediatamente con un sombrero de copa, que también le estará grande.)

FEL. (¡Dios mío!... ¿Se morirá?)

ELENA (Poniéndole el sombrero.) Tome usted.

FEL. ¡Pero, Elenita!...

ELENA Vamos á los Jardines... De prisa... (Tirando de don Felipe.)

FEL. Reflexione usted...

ELENA No reflexiono nada.

FEL. (Por el sombrero, que le entrará hasta las orejas.) Pero, ¿dónde voy yo con esto?

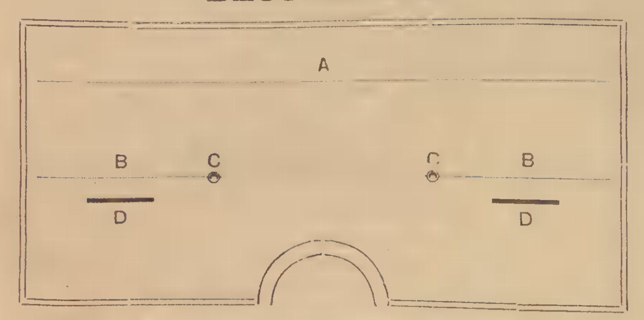
ELENA ¡A los Jardines!

FEL. ¡Pues, vamos á los Jardines! (¡¡Me van á apedrear!!) (Vanse por el foro Elena, tirando de don Felipe, y éste mirándose la ropa.)—TELÓN.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN



Los Jardines del Buen Retiro en noche de concierto. Al foro, telón de jardín y delante un trasto (A) como de un metro de altura, figurando el cerco de follaje que limita los paseos. En segundo término, á derecha é izquierda, otros dos (B) iguales al anterior, y al extremo de cada uno de ellos una farola (C) con varias luces, encerradas en bombas de cristal. Delante de cada uno de estos trastos, un banco rústico (D) de los que se usan en paseos y jardines

ESCENA PRIMERA

POLLO 1.°, POLLO 2.° y el VENDEDOR de periódicos.—Al levantarse el telón, se oye la orquesta dentro, terminando una pieza de concierto. Cruza el Vendedor, y salen el Pollo 1.°, por la primera caja derecha, y el Pollo 2.°, por la segunda izquierda

VEND. (Pregonando.) *El Día, El Correo, El Día.*
POLLO 1.° ¡Chist! Buenas noches, Serafín.
POLLO 2.° Hola, Paquito.
POLLO 1.° ¿Has visto á las de Gómez?
POLLO 2.° No.

POLLO 1.º ¡No habrán venido aún! ¡Si vieras cuánto la quiero!... Además, esa chica es una ganga, porque como no tiene madre, yo no tendré suegra.

POLLO 2.º Pero, ¿sigues todavía amelonado con la mayor?

POLLO 1.º Sí; con la *mayor* de las *menores*.

POLLO 2.º ¿Pues, y Carlitos?

POLLO 1.º La de Carlitos es la *menor* de las *mayores*.

POLLO 2.º Pero, ¿cuántas hermanas son?

POLLO 1.º ¿Qué se yo? Ciento y la madre.

POLLO 2.º ¿Cómo la madre?

POLLO 1.º Bueno; ciento y el padre.

POLLO 2.º ¿Qué es eso? ¿Una cartita, eh? (Fijándose en un papel que tendrá en la mano el Pollo 1.º, y con el que estará accionando.)

POLLO 1.º No; el programa del concierto que reparten á la entrada.

POLLO 2.º ¿A ver? (Queriendo quitárselo.)

POLLO 1.º ¡Y que hoy es de primera!... (Sin dejarse quitar el programa.) Verás, verás. (Leyendo.) «Primero: Sinfonía de *La gata ladra*.»

POLLO 2.º Hombre, será la *gata maya*.

POLLO 1.º No; *gazza... gazza ladra*.

POLLO 2.º ¡Ah! Entonces, sí.

POLLO 1.º (Leyendo.) «Segundo: *Pizzicato* de Leo... Leo...»

POLLO 2.º Sí, hombre, lee.

POLLO 1.º Ya leo. De Leo... Delibes... «Tercero: Gran sonata en *la*.»

POLLO 2.º ¿En la qué?

POLLO 1.º En *la* orquesta; ello mismo lo indica. (Antes de acabar esta escena, habrá pasado la Florista alguna vez.)

ESCENA II

DICHOS y la FLORISTA

FLOR. (A los pollos.) Señoritos: ¿un ojalito? (Ofreciéndoles una flor.)

POLLO 1.º ¡Pura!

POLLO 2.º ¡Purita!

FLOR. ¿Qué me dicen ustedes?

POLLO 1.º Que me quieras á mí.

POLLO 2.º No, á mí.
POLLO 1.º A éste, no; á mí.
FLOR. Ea, al que me compre algo.
POLLO 1.º Entonces, á éste.
POLLO 2.º No, á éste.
POLLO 1.º A éste.
FLOR. Vaya, mejor será á ninguno. (¡No tienen dos pesetas!) ¡Abúr! (Marchándose.)
POLLO 2.º (Llamándola.) Oye...
POLLO 1.º ¡Déjala! Vamos á oir el concierto.
POLLO 2.º ¿Qué tocan ahora?
POLLO 1.º (Leyendo el programa.) «La .. *Overtura de Ruiz Blas.*» Debe de estar equivocado; debe ser de *Blas Ruiz.*
POLLO 2.º Naturalmente. (Vanse por la segunda derecha, cogidos del brazo.)

ESCENA III

10

SOLEDAD y detrás RICARDO; salen por la primera derecha

SOL. Me está usted comprometiendo.
RIC. ¡Pero Soledad!. .
SOL. Hombre, no sea usted pesado.
RIC. ¿No me dijo usted esta tarde que me contestaría aquí?
SOL. Sí, señor; pero no ahora. Van delante mis amigas y se pueden perder.
RIC. ¿Sus amigas? Delas usted por perdidas y sigamos hablando.
SOL. ¡Qué pesadez! ¿Pero no ha escarmentado usted todavía después de la lección que le dí esta tarde?
RIC. No me hable usted de eso. Yo estaba celoso y subí. Su ingeniosa travesura quiso comprometerme y en cambio sirvió para enterarme de todo.
SOL. ¿De todo?
RIC. (Saquemos de mentira verdad.) Sí, señora, de todo. El doctor, que entre paréntesis, es un pozo de ciencia, me contó el objeto de su visita.
SOL. (Con extrañeza.) ¿Se lo ha contado á usted?...

RIC. — Todo, absolutamente todo. Sé ya la enfermedad que usted padece.

SOL. — ¿Pero es eso lo que le ha contado? (Con sorna.) ¡Caramba! ¡Y yo que no quería que lo supiera usted!...

RIC. — (¡Acerté! ¡Acerté!) ¿Y por qué hacer un secreto de su padecimiento?

SOL. — No, si no es secreto. Ya le habrá dicho el doctor que es un... un... (qué le diré yo...) un reumatismo *vertebrado*... y *articulado*... que me ha pillado en un costado.

RIC. — Ya me ha enterado. (Rápidamente.)

SOL. — (Pues le ha enterado bien.) Y á propósito, ¿cómo salió usted del compromiso?

RIC. — Mal, señora, muy mal. Me costó diez duros de consulta y tomarme además una medicina que sabía á maceta, digo, á demonios.

SOL. — ¡Já, já, já! (¡Pobrecillo! Le dí el castigo que yo quería.)

RIC. — Ya ve usted que fué una venganza atroz. Exponerme á un medicamento...

SOL. — Bien, pero usted no lo habra tomado...

RIC. — (Rápidamente.) Sí, señora; lo tomé.

SOL. — Digo, que no lo habrá usted tomado á mal...

RIC. — Tratándose de usted, lo paso todo... todo... (Menos los globulillos.)

SOL. — Gracias. ¿Y diga usted, de qué le dijo usted al médico que padecía?

RIC. — Del corazón, señora, del corazón. De esa víscera tan necesaria para el hombre...

SOL. — Y para la mujer. Eso ya me lo dijo usted esta tarde.

RIC. — Del corazón, señora, del corazón. De esa víscera tan necesaria para el hombre...

SOL. — Y para la mujer. Eso ya me lo dijo usted esta tarde.

RIC. — Y se lo diré toda mi vida. Conque, ¿me dá usted esa contestación?

SOL. — Ya le he dicho á usted que luego.

RIC. — ¡Ay, Soledad, Soledad!... (Exajerándolo un poco.)

SOL. — Qué, ¿va usted a cantarme unas peteneras?

RIC. — No, señora; lo que voy es á decirle que la quiero, que la adoro con locura, y que necesito...

SOL. Sí; ya sé lo que necesita usted... (Con rubor cómico.) pero me dá mucha vergüenza.

RIC. ¿Qué escucho? ¿Le doy á usted vergüenza?

SOL. Sí.

RIC. (¡Y yo que creía que no tenía para mí.) Bueno, ¿pero en qué quedamos?

SOL. En que me dá mucha vergüenza.

RIC. ¡Pero, Soledad!... (Suplicante.)

SOL. ¡Mucha! (Yéndose hacia la izquierda, y dirigiéndole miradas muy cariñosas.)

RIC. Escuche usted...

SOL. ¡Mucha! (Vuelve á mirarle.)

RIC. Pero...

SOL. ¡Mucha! (Vase por la izquierda.)

RIC. ¡Nada, que no le voy á arrancar una contestación! ¡Ah, eso no! ¡Qué dirían de mí en el *Veloz!*... ¡Constancia... y yo saldré con la mía! (Vase detrás de Soledad, por la primera izquierda.)

ESCENA IV

ELENA, DON FELIPE y el VENDEDOR

VEND. *El Día, El Correo, El Día.*

ELENA (Saliendo por la primera caja derecha.) Corra usted, don Felipe.

FEL. ¡Gracias á Dios que llegamos!

ELENA ¡Ay! Yo no puedo más. ¡Esto es horrible! (Se sientan en el banco de la derecha.)

FEL. Tiene usted razón. (¡Demonio de sombrero!..)

ELENA No hay quien lo soporte.

FEL. Y que lo diga usted. Pesa un quintal. (Quitándose el sombrero.)

VEND. *¡El Día* de ahora! *¡El Día!*

FEL. (Llamándole.) ¡Chis!... chico... dame... (Cogiéndole un periódico.) Con su permiso. (A Elena, cogiéndola el portamonedas de la mano. Saca varias monedas, le dá una al vendedor, que se va, y se guarda las restantes en el bolsillo.) Voy á colocarme otro *Día* en el sombrero, y con éste ya llevo media semana. (Dobla cuidadosamente el periódico, y lo coloca en el forro del sombrero, pero no se lo pone hasta que indica el diálogo.)

ELENA No perdamos tiempo. Ande usted. (Levantándose.)

FEL. ¡Pero, hija, por Dios! ¡Usted quiere acabar conmigo!

ELENA ¡Ay, don Felipe, don Felipe... qué desgraciada soy! (Se vuelve á sentar, llorando.)

FEL. ¡Ay, Elenita, Elenita!... ¿Pues y yo?

ELENA Dice que viene decidido á que le maten... ¿Y si le matan?

FEL. Menos mal; él por fin, viene decidido á morir. En cambio, hay otros que los matan sin que se decidan.

ELENA ¡Qué ganas tengo de llorar!

FEL Pues, llore usted, hija, llore usted. ¡Ojalá pudiera yo hacer otro tanto! (¡Se habrá muerto ya!)

ELENA ¿Qué langostinos serán esos, y con quién se irá á matar? Ayúdeme usted á descifrar este enigma.

FEL. ¡Sí, para descifrar enigmas estoy yo!

ELENA Don Felipe, ¿quiere usted hacerme un favor?

FEL. (Con energía.) No, no; no vuelvo á hacer más favores.

ELENA ¡Sí, por Dios! Haga usted un esfuerzo, y vamos á buscarles. Ande usted, don Felipe... (Levantándose.)

FEL. Si no puedo moverme.

ELENA Vamos, hombre, vamos. (Tirando de don Felipe para que se ponga de pie.)

FEL. (Levantándose.) ¡Vaya por Dios! (Poniéndose el sombrero.) (Aún me está grande.)

ELENA Por aquí. (Dirigiéndose á la primera izquierda y don Felipe detrás de ella.)

FEL. Bueno.

ELENA No, por aquí. (Al llegar á la primera izquierda vuelve rápidamente y se dirige á la segunda derecha. Don Felipe hace lo mismo, pero siempre detrás de Elena.)

FEL. Bueno.

ELENA No, por aquí. (El mismo juego, dirigiéndose á la segunda izquierda, por la que se van.)

VEND. *El Cencerro* de ahora, *El Cencerro*.

FEL. Chico, trae. (Comprándole un periódico.) (Me pon-

dré *El Cencerro.*) ¡Elena!... ¡Elenita!... ¡Yo reviento esta noche! (Al salir tropieza con la Florista, que entra.)

ESCENA V

LA FLORISTA, luego RICARDO

FLOR. (A don Felipe.) Caballero: ¿un ojalito?
FEL. ¡Un demonio! (Vase corriendo.)
FLOR. Usted dispense. ¡Ah! ¡Aquí viene un buen parroquiano! ¡Gracias á Dios!
RIC. (Por la segunda derecha.) Acabo de conseguir el anhelado sí. ¡Me ama, me ama! Voy á comprarle el mejor ramo de flores.
FLOR. Señorito: ¿un nardo? (Ofreciéndole.)
RIC. Buscándote venía, encantadora Purita.
FLOR. ¿Sí? ¿Para que?
RIC. Para que me vendas el mejor ramo que lleves.
FLOR. Aquí lo tiene usted. (Enseñándole uno.)
RIC. No es tan bonito como tú, pero no es feo. ¿Cuánto vale?
FLOR. Tres duros.
RIC. Eres la florista más retrechera que vende flores.
FLOR. ¡Caramba! ¡Y yo que no lo sabía!
RIC. Pues desde ahora lo sabes. ¿Cuánto has dicho? (Registrándose los bolsillos.)
FLOR. Cuatro duros.
RIC. ¡Ay!... ¡Pura!.. ¡Pura!.. Si tú quisieras ser la reina de nuestras *pegadizas*.
FLOR. ¡Qué guasa!
RIC. ¿Has dicho que son?...
FLOR. Cinco duros.
RIC. ¿Eh? ¿Me parece que antes dijistes menos?
FLOR. Es lo mismo; deme usted lo que quiera.
RIC. Vaya, te daré un duro por cada una de las letras de tu nombre encantador. ¿Tú te llamas?...
FLOR. Pura.
RIC. *P...u...r...a...* Cuatro letras; ahí van cuatro duros.

FLOR. Está bien. (Medio mutis.)

RIC. ¡Monísima!

FLOR. ¡Ah! Espere usted. Me he equivocado.

RIC. ¿Cómo?

FLOR. Que mi verdadero nombre es Pu...ri...fi...cación.

RIC. Pues tú dijiste...

FLOR. Lo dije en abreviatura.

RIC. Bueno, pues yo te pago en abreviatura y en paz.

FLOR. ¡Qué guasón!

RIC. Tú y yo tenemos que hablar de un... (Transición rápida.) (¡Calle! por allí creo que pasa.) (Mirando hacia la segunda izquierda.) Hasta luego. (Vase corriendo segunda izquierda.)

FLOR. ¿Qué mosca le habrá picado? Habrá visto alguna... Estos *Tenorios* á la tinta china, son atroces.

ESCENA VI

LA FLORISTA, VICENTE, luego RICARDO

VIC. (Muy sofocado por la segunda derecha.) ¿Dónde estará? ¿Dónde estará? Aquellos langostinos me están mordiendo en el corazón.

FLOR. Caballero, ¿un ojalito?

VIC. ¿Un ojalito? En la piel se lo voy á abrir.

FLOR. ¿Qué está usted diciendo?

VIC. Que me dejes en paz.

FLOR. ¡Qué barbaridad! ¡No me pegue usted! (Vase primera derecha.)

VIC. ¡Lo mato, lo mato! ¡Estoy seguro de reconocerle! No se me despinta aquella cara de estúpido...

RIC. (Saliendo por la segunda izquierda y mirando hacia atrás.) ¡No era ella! ¡No era ella!

VIC. ¡De imbecil!

RIC. ¡Preciosa!... (Tomando á Vicente por la Florista.)

VIC. (Al volverse tropieza con Ricardo.) ¿Eh? (¡El!)

RIC. Perdone usted, caballero.

VIC. ¡No, no hay de qué! Precisamente venía buscándole.

RIC. ¿A mí?
VIC. Sí, señor, á usted.
RIC. (¿Qué me querrá?)
VIC. Se trata de un asunto muy grave y necesito que me conteste usted á dos preguntas.
RIC. Estoy á sus órdenes y puede usted preguntar cuanto le venga en gana.

ESCENA VII

DICHOS y DON BENIGNO por la segunda derecha

BENIG. ¡Vicente!... ¡Vicente!...
VIC. ¡Ah! ¿Es usted? Me alegro.
BENIG. ¡Caballero! (A Ricardo saludando.)
RIC. ¡Servidor! (A don Benigno idem.)
BENIG. Pero, hombre, ¿qué diablos pasa?
VIC. Llega usted á tiempo.
BENIG. ¿A tiempo?
VIC. Sí, señor. Oiga usted lo que voy á hablar con este caballero, porque le interesa á usted tanto como á mí.
BENIG. Veamos.
RIC. (¿Quiénes serán estos tipos?)
VIC. (A Ricardo.) ¿Es verdad que ayer almorzó usted en Fornos?
RIC. Puede... puede...
VIC. (A don Benigno.) ¿Lo oye usted? (A Ricardo.) ¿Es verdad que no almorzó usted solo?
RIC. Puede... puede... pero...
VIC. (A don Benigno.) ¿Lo oye usted? (A Ricardo.) ¿Es verdad que almorzó usted con una señora?
RIC. Pero, caballero...
VIC. ¿Lo oye usted? Almorzó con una mujer.
BENIG. Pero, ¿á mí qué me importa todo eso?
VIC. ¿Que no le importa, eh? Pues ha de saber usted que la señora que almorzó ayer en Fornos con este caballero, es su hija de usted.
BENIG. ¿Mi hija?
RIC. (¡El padre de Soledad!) (Con asombro.)
VIC. Sí, señor; mi futura.
RIC. (¡Su futura!)

BENIG. ¡Tú estás loco! (A Ricardo.) Pero, caballero, ¿es eso verdad?

VIC. Ya lo creo que es verdad. (A Ricardo.) Niéguelo usted; atrévase usted á negar también que esta misma tarde se ha fingido usted enfermo con objeto de verla.

RIC. (Demonio.) Vaya, pues, ya que están ustedes tan bien enterados, ¿para qué he de negarlo? Es cierto.

VIC. (A don Benigno.) ¿Lo oye usted?

BENIG. ¡Ojalá fuera sordo!

RIC. Señores; no creo que esto tenga nada de extraño. Yo ignoraba que ella tuviera padre. Aceptó mis obsequios, y como la creí libre...

VIC. ¡Libre! ¡Y se iba á casar conmigo dentro de ocho días!

RIC. (¡Hola!)

BENIG. Esto no puede quedar así. (A Ricardo.) Usted ha engañado villanamente á mi hija, abusando de su inocencia.

VIC. Y de la mía.

RIC. Pero, caballeros...

BENIG. ¡Es usted un miserable!

RIC. ¡Señor mío!...

BENIG. Sostengo lo que he dicho. ¡Es usted un miserable!

VIC. Y yo también.

BENIG. ¿Cómo?

VIC. Que yo también lo sostengo.

RIC. Esa palabra...

BENIG. Es la que usted se merece.

RIC. Me dará usted una satisfacción de ese insulto.

BENIG. Cuando usted quiera.

RIC. Ahí va mi tarjeta. (Dándole una.) Mañana espero sus padrinos.

BENIG. (Leyendo.) «Ricardo Mendoza.» Está bién.

VIC. Tío, yo no puedo consentir que usted ..

BENIG. Cállate, majadero.

RIC. Buenas noches. (Voy á decirle á Soledad lo que pasa, y que de mí no se ríe ni ella ni nadie.) (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VIII

VICENTE y DON BENIGNO

BENIG. ¡Qué atrocidad!... ¡Señor!... ¡Si me parece mentira!

VIC. Pues, ya ve usted que es verdad.

BENIG. Esta hija me mata.

VIC. Pues no eche usted la culpa á nadie, porque usted sólo la tiene.

BENIG. ¡Hombre! ¡Eso me faltaba ahora!

VIC. Sí, señor; por dejarla salir con todos sus caprichos.

BENIG. ¡Vicente!

VIC. La daba usted tanta libertad...

BENIG. No digas tonterías.

VIC. Sí, señor; las digo porque puedo decirlas, y porque tengo razón, y porque... tengo unas ganas de llorar... (Gimoteando.)

ESCENA IX

DICHOS, ELENA, DON FELIPE, por la segunda izquierda

ELENA ¡Vicente! (1)

VIC. ¡Ella!

BENIG. (A Vicente.) Detenme, detenme, ó hago una barbaridad.

FEL. (Saliendo.) ¡Por fin!

ELENA ¡Papá!

BENIG. Cállese usted, desgraciada.

VIC. Cállese usted.

ELENA ¿Qué sucede?

BENIG. Lo sé todo.

VIC. Lo sabemos todo.

FEL. (¿Qué será lo que sepan?)

ELENA Pero, ¿qué sabéis?

BENIG. Lo que hizo usted, ayer, aprovechando mi ausencia.

VIC. Y la mía.

ELENA (¡Lo han sabido!) (A don Felipe.)

FEL. (¡Abrete, tierra!)

(1) Vicente, don Benigno, Elena, don Felipe.

BENIG. ¡Quién lo creyera!
ELENA (Aparte á don Felipe.) (Ve usted cómo no debimos ir?)
FEL. (¿A que tengo yo la culpa?)
BENIG. ¡Almorzar en un café!...
ELENA Perdón, papá.
BENIG. ¿Luego es cierto?
VIC. ¿Lo ve usted? (A don Benigno.)
FEL. (Rezando entre dientes.) («Creo en Dios padre, todo poderoso...»)
BENIG. Y usted, don Felipe, ¿así vela por mi hija, cuando no estoy en casa?
FEL. Don Benigno, yo bien se lo dige, pero ya sabe usted lo que es la niña cuando se le pone una cosa en la cabeza.
BENIG. (A don Felipe.) Quítese usted de mi vista.
FEL. (Rezando.) («Y en Jesucristo, su único hijo...»)
BENIG. (A Elena.) Y tú, desgraciada, ¿sabes lo que has hecho?
VIC. Figúrese usted si lo sabrá.
ELENA (A don Benigno.) Ya sé que no está bien; pero si te hubiera pedido permiso no me lo hubieras concedido.
BENIG. Ya lo creo que no.
VIC. (A don Benigno.) ¿Oye usted esto?
ELENA Después de todo, la cosa no tiene nada de particular.
VIC. ¿Nada?
BENIG. No voy á poder contenerme. Don Felipe, llévesela usted á casa inmediatamente, porque si no, vamos á dar aquí un escándalo.
ELENA Pero, ¡papá!...
BENIG. Vamos, pronto. En casa te ajustaré las cuentas.
FEL. (A Elena en voz baja, procurando llevársela por la primera derecha. Elena se resiste.) ¡Vamos, vamos!
BENIG. (A Vicente.) En cuanto á nosotros, ocupémonos del desafío.
ELENA (Volviendo asustada.) (¡Un desafío!)
FEL. (Con extrañeza.) (¿Un desafío?)
BENIG. Les he dicho á ustedes que se vayan. (Muy irritado.)
FEL. Vamos, Elenita, vamos. (¿Qué desafio será ese?)

ELENA Pero, ¿qué pasa aquí? Yo no quiero irme, yo no quiero...

FEL. Vamos, vamos... (¿Se habrá muerto el otro?) (Vanse primera derecha, llevándose don Felipe á la fuerza á Elenita.)

BENIG. ¡Ay, Vicentito, Vicentito! Esto me va á costar la vida.

VIC. Y á mí también. (Se quedan á la derecha hablando en voz baja.)

ESCENA X

DICHOS y SOLEDAD por la segunda izquierda

SOL. Pero, ¿qué infundios son los que me ha contado Ricardo? Después de decirme que tiene un lance pendiente, que en esta plazoleta están mi padre y mi futuro, y que yo le he engañado como á un chino, echa á correr sin darme más explicaciones. ¡Jesús! Y yo que tengo este genio tan vivo, he salido disparada, dejando á mis amigas, por enterarme de lo que ocurre. ¿Dónde estarán? Como no sean esos... (Fijándose en Vicente y don Benigno.)

VIC. (A don Benigno.) Yo le aseguro que los langostinos los va á pagar muy caros.

SOL. (No; hablan del precio del pescado.)

BENIG. Déjate ahora de eso, y ocupémonos de ultimar el asunto que tenemos pendiente.

SOL. (¿Eh? ¿Un asunto?)

BENIG. Es preciso que encontremos padrinos antes de una hora.

SOL. (¿Padrinos? Justo, son éstos.)

VIC. Eso, eso.

BENIG. Ve á buscar al brigadier Peláez y yo veré si encuentro al doctor Moreno. Los dos deben estar aquí. Son dos buenos amigos y...

SOL. (Yo me atrevo.)

VIC. Voy corriendo.

BENIG. Hasta luego. (Vase segunda derecha.)

VIC. Hasta luego. (Se dirige a la segunda izquierda, y le detiene Soledad.)

ESCENA XI

VICENTE y SOLEDAD

SOL. Dispénseme usted, caballero. Quisiera hacerle á usted una pregunta. No es que yo sea curiosa, ¿sabe usted? sino que tengo motivos muy poderosos para enterarme de ciertas cosas; porque hay ciertas cosas...

VIC. Bueno, usted dirá. (¿Quién será esta señora?)

SOL. ¿Usted tiene un lance pendiente con don Ricardo Mendoza?

VIC. No, señora, yo...

SOL. ¡Ay! Entonces usted me dispense... He cometido una imprudencia, ya lo sé; pero...

VIC. Con quien tiene un lance es con un tío mío.

SOL. ¡Ah! Entonces es lo mismo.

VIC. No, señora, no es lo mismo.

SOL. Para mí, sí.

VIC. Pues para mí, no.

SOL. Pues bien, caballero, yo necesito conocer la causa de ese duelo.

VIC. ¡Señora!... (Con impaciencia.)

SOL. Ya le he dicho á usted que no es curiosidad, no, señor; es que ha de saber usted que ese don Ricardo está en relaciones conmigo, y...

VIC. ¿En relaciones con usted? ¡Se necesita poca vergüenza!

SOL. Muchas gracias, hijo.

VIC. No es eso, es que se baten porque ese infame ha engañado villanamente á mi prima.

SOL. ¡Cómo! ¿Me ha engañado?

VIC. Pero, ¿usted es mi prima?

SOL. Quiero decir que el sin vergüenza tenía otra.

VIC. ¡Qué pillo! ¡Estaba en relaciones con dos!

SOL. ¡Se va á acordar de mí!

VIC. ¡Ese hombre ha resultado un don Juan Tenorio!

SOL. Pues yo voy á resultar un capitán Centellas que le va á matar á la puerta de su casa. Y diga usted, diga usted, ¿quién es la otra víctima?

VIC. Mi prima, Elenita Rodríguez. La hija del doctor Rodríguez.

SOL. ¿El que vive en la calle Mayor?

VIC. El mismo.

SOL. ¡Qué casualidad! Si le conozco muchísimo. (El viejo de Sofía.) ¿Y dice usted que el doctor se va á batir?

VIC. Sí, señora; quería matarle yo, pero él alega que es su padre y no me ha dejado.

SOL. Es más natural Usted, después de todo, no no es más que un primo.

VIC. (¡Y tan *primo!)*

SOL. (¿Quién había de decir que la hija del doctor Rodríguez iba á ser mi rival? Pero, ¡qué desgraciadas somos algunas mujeres! Figúrese usted, caballero, que desde que yo me quedé viuda...

VIC. (Queriendo marcharse.) Señora, usted me dispense. Me he entretenido demasiado, y ya comprenderá que en esta situación...

SOL. Es verdad. Pero desde que yo me quedé viuda...

VIC. (Despidiéndose.) Vicente Rodríguez... mande como guste... á los piés de usted. (Vase segunda izquierda.)

SOL. Pero desde que me quedé viuda... (¡Me deja con la palabra en la boca!)

ESCENA XII

SOLEDAD, luego ELENA

SOL. ¿Conque ahora resulta que el tal Ricardo es un granuja que quería casarse con dos, como si no tuviera bastante con una? Por eso ha subido esta tarde á la casa sin ningún reparo; y después, como ha comprendido que con motivo del duelo iba yo á descubrir sus trapisondas, ha querido desorientarme con esos embustes de mi padre y de mi futuro. Pero no sabe que si él es muy largo, lo soy yo más, y que á mí no me la pega ningún chato. Es decir, él no es chato, pero

me la pega. ¿Dónde se habrá metido? (*Mirando por todas partes.*)

ELENA (*Muy agitada, por la primera derecha.*) Por fin me escapé de don Felipe. ¡Calle! Ya no están aquí. ¿Estarán batiéndose? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay!... ¡Ay!... Yo me pongo mala. (*Dejándose caer en el banco de la derecha.*)

SOL. (*Fijándose en Elena.*) ¿Qué es eso, señorita? ¿Se pone usted mala?

ELENA Sí, señora.

SOL. ¿Qué tiene usted?

ELENA ¡Ay! ¡Yo me ahogo!

SOL. Respire usted, hija, respire usted. (*Dándole aire con el abanico.*) (¡Y es guapa!)

ELENA Ya estoy mejor. Muchas gracias.

SOL. Pero, ¿qué le pasa á usted?

ELENA ¡Ay, señora! Una desgracia horrible. ¿Ha visto usted unos caballeros que estaban aquí hace un momento?

SOL. ¿Yo?...

ELENA ¡Dios mío! ¿Estarán batiéndose?

SOL. ¿Batiéndose? ¿Se refiere usted al doctor Rodríguez?

ELENA Sí, señora. ¿Le conoce usted?

SOL. Muchísimo. Es una bellísima persona.

ELENA Muchas gracias. Es mi papá. (*Llorando.*)

SOL. ¿Su papá? ¿Entonces usted es la otra?

ELENA ¿Qué otra?

SOL. La otra. ¿No sabe usted nada?

ELENA ¿De qué?

SOL. ¿No sabe usted que las dos somos víctimas del mismo desalmado?

ELENA ¿Qué dice usted?

SOL. Que su novio estaba en relaciones conmigo.

ELENA (*Levantándose rápidamente.*) ¡Cómo! ¿Usted es la de la Plaza de la Cebada?

SOL. ¿Yo? No.

ELENA ¿Es usted otra?

SOL. Naturalmente.

ELENA Pues, entonces, está además en relaciones con otra.

SOL. Pero, hija, ¿cuántas otras somos?

ELENA Tres.

SOL. ¿Tres?

ELENA Sí, señora. ¡Infame!

SOL. ¡Granuja!

ELENA (Llorando.) Yo no quiero... yo no quiero.

SOL. A ver, explíquese usted, niña.

ELENA Ayer le estuve espiando y supe que estaba en relaciones con una que vive en la Plaza de la Cebada. Yo me sospechaba algo, y como no pareció por casa en todo el día...

SOL. ¿Qué había de parecer si estuvo conmigo?

ELENA ¿Con usted? Yo no quiero, yo no quiero. (Lloriqueando.)

SOL. Pues, hija, aunque usted no quiera, estuvo. Ya no tiene remedio.

ELENA ¡Le parece á usted qué hombre!

SOL. ¡Qué hombres, digo yo! Todos son lo mismo.

ELENA No, señora; hay muy pocos que tengan tres mujeres.

SOL. Es verdad, muy pocos; casi todos tienen más.

ELENA Le voy á sacar los ojos.

SOL. Permítame usted... (Deteniéndola.) Eso corre de mi cuenta. Para sacar los ojos, yo solita.

ELENA ¿Le parece á usted?... ¡Se iba á casar conmigo!

SOL. Y conmigo también.

ELENA ¿Con las dos?

SOL. ¡Ya lo creo! Y con la de la Plaza de la Cebada. Conozco el sistema.

ELENA ¿Y qué hacemos con él?

SOL. Ahora verá usted lo que hago yo. Voy á buscarle, y en cuanto le encuentre...

ELENA Me parece que allí va mi papá. (Por la segunda izquierda.) Adiós, señora. (Vase por id.)

SOL. Niña... oiga usted, niña... (¡Todos me dejan con la palabra en la boca!)

ESCENA XIII

SOLEDAD, luego DON FELIPE

SOL. Pero, ¡qué hombres! ¡qué hombres! Después de esto, fíese usted de los solterones. ¡Anda, anda! Dice que vá por allí su papá, y viene por este lado. (Señalando la primera derecha.)

FEL. (Por la primera derecha.) ¿Dónde estará Elenita? ¡Qué noche estoy pasando!

SOL. Señor doctor... (Saludándole.) (¡Qué facha!)

FEL. (¡Anda, demonio! ¡La viuda del 2 de Mayo! ¡Esto sólo me faltaba!) Señora...

SOL. ¿Vá usted buscando á la niña?

FEL. Precisamente.

SOL. Se acaba de marchar por allí. Se conoce que le ha tomado á usted por otro

FEL. (Lo mismo que tú.) Señora... (Despidiéndose.)

SOL. Espere usted un momento. (Deteniéndole por los faldones de la levita.)

FEL. (Queriendo marcharse.) Pero es que...

SOL. Tenemos que hablar. (Tirándole otra vez de los faldones.)

FEL. Que no es mía.

SOL. ¿Eh?

FEL. Que ya oía. Hable usted. (¡Qué pesadez!)

SOL. Ya sé que ha tenido usted un disgusto.

FEL. He tenido varios.

SOL. Me refiero al desafío.

FEL. ¿Al desafío? (¡Ah! Será del que hablaba don Benigno.) Sí, sí señora.

SOL. Acabo de encontrarme con su sobrino y después de contármelo todo...

FEL. ¿Se lo ha contado todo? Pues, entonces, adiós.

SOL. (Deteniéndole.) Pero, ¿usted no sabe? ..

FEL. Todo, todo. Adiós.

SOL. (Deteniéndole.) Y diga usted, diga usted... cuando él estuvo en su casa esta tarde, ¿usted no sabía nada?

FEL. Cuando estuvo ¿quién?

SOL. Ricardo Mendoza.

FEL. ¿Mendoza?

SOL. Sí, su adversario; el que entró en su despacho cuando yo salía.

FEL. (¡El del último tubo!) ¿Y ese es mi adversario?

SOL. Ese.

FEL. ¿El que entró á consultarme?

SOL. Sí.

FEL. ¿Y no se ha muerto todavía?

SOL. ¿Cómo todavía? (¡Si matará á todos los que le consultan!)

FEL. ¿Y dice usted que ese se va á batir con... (Indicando otra persona.), es decir, conmigo?

SOL. ¡Pues no lo sabe usted?

FEL. ¡Ah! Sí, es verdad. (Creerá que le he envenenado á propósito.)

SOL. Acaba de decírmelo su sobrino, y...

FEL. Justo, mi sobrino. (¡Pobre don Benigno! ¡Se va á batir por mí!)

SOL. ¡Pero, parece que usted no sabe nada!

FEL. Al contrario; sé demasiado. Pero á toda costa tengo que impedir que ese duelo se verifique. Yo no puedo consentir que pague un inocente...

SOL. ¿Qué está usted diciendo?

FEL. (Muy exaltado.) Yo sólo soy el culpable, yo sólo; y ahora mismo voy á pedir mil perdones...

SOL. ¿A quién? (Queriendo detenerle.)

FEL. Señora, déjeme usted. No sé lo que me pasa. (¡Pobre don Benigno! Corro á buscarle.)

SOL. Pero, oiga usted...

FEL. Yo sólo soy el culpable... Yo soy, yo soy. (Vase corriendo muy agitado, por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

SOLEDAD, luego VICENTE

SOL. Pero, ¿qué le pasa á ese buen señor? Le ha debido trastornar el disgusto. ¡Pobrecillo! ¡Cómo corre! ¡Y qué ganas de correr le ha entrado á todo el mundo esta noche! Ea, voy á buscarle, y... (Dirigiéndose á la segunda derecha.)

VIC. (Por la segunda derecha, y deteniendo á Soledad.) Un momento, señora, ¿ha visto usted á mi tío?

SOL. Acaba de marcharse ahora mismo.

VIC. ¿Por dónde?

SOL. Por allí. El pobre señor está medio loco. Dice que el duelo no puede verificarse; que va á pedir mil perdones al otro, y que él tiene la culpa de todo.

VIC. ¿Qué está usted diciendo?

SOL. Lo que él me ha dicho.

VIC. Pero, eso no es posible.

SOL. Por eso le digo á usted que está medio loco.

VIC. ¿Sí? Pues si él no se bate me batiré yo. Esto no puede quedar así. Yo necesito matar á ese hombre.

SOL. Y yo también.

VIC. ¡Infame! robarme el cariño de mi prometida.

SOL. ¡Cómo! ¿A su prometida también?...

VIC. ¿Pues no lo sabe usted?

SOL. ¿Pero, señor, cuántas mujeres tiene ese hombre?

VIC. Yo qué sé, señora, lo menos doce.

SOL. ¿Y quién es su prometida?

VIC. Mi prima Elenita.

SOL. ¡Ah, vamos, es una misma! (Menos mal.)

VIC. ¿Pero no se lo he dicho á usted antes?

SOL. ¡Qué me ha de decir usted, hijo, ni una palabra!

VIC. Pues sí, señora, dentro de ocho días iba á casarme con ella á ojos cerrados.

SOL. Así se casan todos.

VIC. Y hoy, una semana antes de la boda, me entero de que me está engañando. ¿Puede darse mayor desgracia?

SOL. Sí, hijo, enterarse una semana después.

VIC. ¡Carambilis! ¡Carambilis!

SOL. (¡Este chico es tonto!)

VIC. Crea usted que me dan unas tentaciones de no volver á verla en mi vida. ¡Si no fuera por la memoria de su padre!

SOL. ¡Hijo! ¿pero cuándo se ha muerto?

VIC. Hablo de una Memoria del padre, que estoy copiándola.

SOL. (Este está como su tío.)

VIC. Sí, señora, sí; yo mato á ese hombre y luego me mato yo, y después la mato á ella y después mato...

SOL. Hombre no mate usted más.

VIC Sí, señora, sí.

SOL. Bueno, hijo, pues siga usted matando, y abúr. (Ya tenía gana de dejar á alguno con la palabra en la boca.) (Vase por la segunda derecha.)

VIC. ¿Conque mi tío no quiere batirse? ¿Conque va á dar explicaciones? No importa; me batiré yo. Estoy decidido.

RIC. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Dónde andará Soledad? (1)

ESCENA XV

VICENTE, RICARDO, luego BENIGNO

VIC. Me alegro encontrarle á usted.

RIC. Caballero, ya tengo designados mis padrinos, y...

VIC. Y se entenderán con los míos.

RIC. ¿Con los de usted? Pues, ¿y mi adversario?

VIC. ¿No se han visto ustedes?

RIC. No, señor.

VIC. Pues, he sabido que le busca con objeto de darle explicaciones.

RIC. ¡Ah! Eso varía. Pero yo necesito un *acta* en el *acto*, para que mi honor quede *intacto*, porque si él se *retracta*, yo no me *retracto*. ¿No es esto *exacto*?

VIC. *Exacto*. Pero, ha de saber usted, que si mi tío, por debilidad de caracter, no quiere batirse, aquí estoy yo dispuesto á sostener cuanto él ha dicho.

RIC. (Con solemnidad.) Dispénseme usted, caballero, pero...

BENIG. (Por la segunda izquierda.) Aquí está Vicente.

VIC. (Sin ver á don Benigno.) Sí, señor; el honor de la familia está comprometido, y debo sostenerlo yo.

BENIG. (¿Qué dice?)

VIC. Puesto que mi tío no tiene dignidad...

BENIG. (¿Eh?)

VIC. Y demuestra ser un cobarde...

BENIG. (Dándole un empujón.) ¿Qué estás diciendo, majadero? (2).

VIC. ¡Ay! La verdad, tío.

---

(1) Ricardo—Vicente.

(2) Vicente—Ricardo—Don Benigno.

RIC. Caballero yo acepto su retractación y exijo únicamente que se me firme un *acta* en el *acto* para que mí...

VIC. *¡Exacto!* (Interrumpiéndole.)

BENIG. ¿Qué está usted diciendo?

RIC. Quiero ahorrarle á usted el bochorno de la humillación al pedirme perdones por su insulto.

BENIG. ¿Se está usted burlando de mí?

RIC. De ninguna manera. Este joven acaba de comunicarme que me buscaba usted ansioso.

VIC. Tanto como ansioso no he dicho.

RIC. Bueno, es lo mismo. Con objeto de darme explicaciones y...

BENIG. ¿Yo? Pero, ¿quién te ha dicho eso? (A Vicente.)

VIC. La señora á quien usted se lo dijo.

BENIG ¿Qué señora?

VIC. Una que no conozco, pero que dice que le conoce á usted muchísimo.

BENIG. ¿A mí?

VIC. Sí, tío; la otra á quien ha engañado este señor.

RIC. ¿Yo? Será su hija de usted. (A don Benigno.)

VIC. No, hombre, la otra.

BENIG. ¿La otra? ¡Pero entendámonos!

ESCENA XVI

DICHOS, ELENA, luego SOLEDAD

ELENA (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Papá! (1).

BENIG. ¡Mi hija!

RIC. (¡Calle. . tiene dos hijas!)

BENIG. (A Elena.) Pero, ¿aún estás aquí?

VIC. ¡Pérfida!

ELENA (A don Benigno) ¿No te han matado, papá?

BENIG. Tú sí que me vas á matar.

SOL. (Saliendo por la segunda derecha.) (¡Ella y él!) (A Elena.) (2). Me alegro encontrarla, señorita.

---

(1) Don Beuigno—Vicente—Elena—Ricardo.

(2) Don Benigno—Vicente—Soledad—Elena—Ricardo.

Vamos á confundir al infame que jugaba con nosotras.

ELENA Eso, al farsante que se iba á casar con las dos.

BENIG. ¿A quién?

SOL. / ELENA ¡A ese! (Señalando Soledad á Ricardo y Elena á Vicente, de modo que se crucen las manos.)

RIC. / VIC. ¿Qué?

SOL. / ELENA ¡Cómo!

ELENA (No es el mismo.)

SOL. (¿Qué es esto?)

BENIG. Pero, ¿qué enredo es este?

RIC. (A Elena.) Señorita: me parece que aquí hay un error de su hermana.

SOL. (¡Su hermana!)

ELENA ¿Qué hermana?

RIC. Esta señora. (Por Soledad.) ¿No es hija de su padre?

ELENA ¿Qué padre?

RIC. (Por don Benigno.) El señor.

BENIG ¿Yo?

VIC. ¿Qué dice?

SOL. Si yo no le conozco.

BENIG. Ni yo tampoco.

RIC. ¿Qué no? Pero, vamos á ver, ¿usted no se iba á casar con este joven? (A Soledad por Vicente.)

VIC. ¿Qué?

SOL. Si apenas le conozco.

VIC. Ni yo á ella.

BENIG Pero, señores... ¿qué pasa aquí?

VIC. Ahora verá usted. (A Elena, por Ricardo.) Atrévete á negar que conoces á este caballero.

ELENA ¿Yo qué le he de conocer?

RIC. Ni yo tengo ese gusto.

SOL. (Pues, señor, aquí no se conoce nadie.)

VIC. ¿Cómo que no? (A Ricardo.) ¿No almorzó usted ayer con ella en Fornos? (Por Elena.)

RIC. ¡Usted está soñando! Con quien yo almorcé fué con esta señora. (Por Soledad.)

SOL. Efectivamente.

VIC. ¿Pues no dijo usted que había almorzado

con la hija de este caballero? (Señalando á don Benigno.)

RIC. El que lo dijo fué usted.

BENIG. ¡Pero, Vicente! ¡Vicente! ¿Qué lío estás armando?

VIC. Si ella lo confesó.

ELENA (¡Hablaban de otro almuerzo!)

RIC. ¡Ah! Ya lo entiendo. Yo lo explicaré. (A don Benigno.) ¿Usted dice que no es el padre de de esta señora? (Por Soledad.)

BENIG. Y no lo soy.

RIC. Pero lo es usted de esta señorita. (Por Elena.)

SOL. (Rápidamente.) ¡Tampoco!

BENIG. ¿Qué dice usted?

SOL. El padre de esta señorita es...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON FELIPE, por la izquierda

FEL. (Saliendo.) ¡Aquí están! ¡Aquí están! (1).

SOL. Es este caballero. (Por don Felipe.)

FEL. Sí, señor, yo soy... yo soy...

SOL. (A Ricardo.) ¿Lo ve usted?

BENIG. Pero, ¿qué están ustedes diciendo?

FEL. ¡La verdad! ¡Perdón! (A don Benigno.) Le sustituí á usted cinco minutos y vea usted las consecuencias que ha traído.

BENIG. Pero, ¡don Felipe!

SOL. ¿Cómo don Felipe? ¿No es usted el doctor? (A don Felipe.)

FEL. No, señora.

BENIG. El doctor soy yo.

SOL ¿Y este señor?

FEL. Yo soy don Felipe... el imbécil.

SOL. (¡Qué plancha!)

FEL. Sí, señora; el imbécil y el único responsable del envenenamiento de este caballero, (Señalando á Ricardo.)

RIC. ¿Mío?

---

(1) Don Benigno—Vicente—Soledad—Don Felipe—Elena—Ricardo